

rece gozarla, no os jactéis de una constancia indiscreta; pero tampoco rompáis aspera y rapidamente los fludos, contentaos de desatarlos: Sería peligroso que irritaseis á un malo, que podria valerse para su resentimiento de las confianzas mismas de vuestra antigua amistad (4).

ARTICULO II.

Deberes de los Padres y Madres y de los Hijos.

Un natural cariño enseña bastante-mente al corazon de los padres las obligaciones que les incumben; y por lo mismo solo se repétiran aqui las lecciones que él nos dá.

La madre en cinta se halla al doble obligada á procurar su conservacion, para no exponer el fruto precioso que lleva. Constituida seguidamente depositaria de un alimento preciso á la conserua-

(4) No te hagas de amigo enemigo á tu próximo: porque el malo heredará el impropio, y la contumelia. *Ecclo. 6. v. 1.*

cion de los dias del recién nacido, y dotada de una sensibilidad mas capáz de los asiduos cuidados, la providencia la advierte por ahí mismo, de lo que ella le debe; sus cuydados que parecerán luego una servidumbre, se trocarán en dulces satisfacciones, y prontamente inspirarán al niño una correspondencia de ternura, que formará tambien un nuevo vinculo para asegurar la concordia entre los dos esposos. El uno y el otro, viendole crecer con complacencia debaxo de sus ojos, se consultarán reciprocamente para su bien estar, se gozarán de sus entretenimientos, se agradarán de sus mutuas solicitudes. Los hijos que sobrevendrán, pujando al rededor de ellos como *renuevos de olivos* (1), se acostumbrarán desde su infancia á esta amistad franca y sencilla, que se conserva por los officiosos cuydados de una ternura reciproca, y la qual creciendo con los años, les servirá de defensa contra los reveses de la fortuna (2). Una madre

(1) *Psal. 127 v. 3.*

(2) El hermano, ayudado del hermano, es como una ciudad fuerte. *Prov. 18. v. 19.*

que para entregarse á una floxa indolencia, niega su pecho á los primeros gritos del niño que se lo pide, exerce una especie de inhumanidad ácia él, desde el momento que acabó de darle á luz; ella pervierte las ideas de la providencia, se priva de las preciosas ventajas que se la reservaban, y se encuentra algunas veces castigada por resultas molestas que la llevan al sepulcro. El hijo, que no puede esperar de una mercenaria la vigilancia de una madre, corre tambien el peligro de ser alimentado de un veneno lento; y si por una disposicion admirable de esta misma Providencia, la ama contrahe en lo sucesivo una ternura maternal, si el niño concibe para esta muger la pasion que es regular, será para la verdadera madre una porcion cersenada á su cariño y al amor filial.

Los cuydados de la infancia se limitan al principio á lo natural, porque sus necesidades no pasan mas allá. El niño vive en una agitacion continua, y esta agitacion le es necesaria para desatar sus miembros, desplegar sus fuerzas, y darles la agilidad y flexibilidad con-

venientes. Seguid aqui, á exemplo de los Medicos las indicaciones de la naturaleza. Si al contrario apretais los miembros del niño, su pecho sufre; sus huesos, que tomarian naturalmente la direccion que les corresponde, son forzados á tomarla algunas veces opuesta. El niño, que padece en su cautividad, impaciente de libertarse, se exprime como puede á su modo: Llora quando está entre las ataduras: Se alegra quando se le pone en libertad. La madre, que no comprende su language, imputa á la perversidad del niño, una inquietud de la qual ella misma deberia acusarse; y por una conseqüencia de su cruel impericia, el niño, despues de haber estado largo tiempo en sus ligaduras, no sale de su esclavitud sino con las enfermedades que muchas veces le duran todo el resto de su vida.

A medida que la constitucion del niño se fortifica, va ensayando sus primeras fuerzas, y preludia desde luego por los saltos y corridas, los juegos de exercicio que exígerán consecutivamente la fuerza y la destreza. Llegará el tiempo

en que siendo el espíritu mas capaz de reflexión, y teniendo el cuerpo mas necesidad de descanso, preferirá los juegos tranquilos que ejercitan el juicio. El hombre en la vejez, y el hombre en la infancia, se hallan tan esencialmente diferenciados por sus inclinaciones, que el niño que tuviese la tranquilidad de un viejo, y el viejo que viviese con la agitación de un niño, parecerian uno y otro fuera del orden natural. Conformáos pues á las circunstancias de la edad: Secundad sus primeras inclinaciones por el ejercicio: Apartad solamente los peligros, y reprimid los excesos. Acostumbrad la juventud á una vida austera y frugal. La constitucion fisica se fortifica por los trabajos, y se debilita por la blandura. El hombre habituado á una vida comoda, no sentirá las dulzuras, y vendrá á ser infeliz por las menores privaciones (1).

(1) Doblale la cerviz en la juventud, y golpeale los costados mientras que es niño, no sea que se endurezca, y no te crea, y cause dolor á tu alma. Mas vale el pobre sano, y recio de fuerzas, que el rico debil y plagado de miseria. *Ecclo. 30. v. 12. 14.*

Mas siendo el hombre criado para un fin digno de la excelencia de su naturaleza, deben los cuidados de su educacion ser principalmente dirigidos á hacerle capaz de sus altos destinos. En el momento que parece en el mundo, ya le está señalado su lugar. Miembro de una familia, miembro de una grande sociedad, se encuentra tambien por sus diferentes relaciones enlazado en la cadena inmensa de todo el genero humano, y debe llenar las obligaciones de ciudadano, de padre, de esposo, de Magistrado, de Principe, segun el estado á que la divina Providencia le destinare. ¿Será un hombre obscuro, ó un personage illustre? ¿hará felices, ó infelices? ¿ó vendrá á ser un ciudadano inutil? La zizaña, sembrada desgraciadamente en un campo muy fertil, producirá grandes males: Semillas de virtud echadas sobre un corazon rico, formarán un hombre de bien, y aun tal vez un gran hombre: La educacion pues lo ha de decidir, y los padres serán siempre responsables de todo el mal que habrá producido, ó de todo el bien que habrá dexado de hacer.

El niño, teniendo necesidad de aprenderlo todo, quiere de pronto saberlo todo. Por esto la Providencia le ha dotado de una memoria prodigiosa: Su juicio, al contrario, va llegando lentamente, y aun que sea mas razonable que él no parece, su razon distraída por la ligereza de la edad, va por decirlo asi, siempre corriendo. Seguid tambien aqui los procedimientos de la naturaleza: Cultivad con cuydado su memoria, y no exerciteis sino con sobriedad su juicio. Extended insensiblemente sus conocimientos, picando su curiosidad por simples quëstiones, que le acostumbren á discurrir. Observad con él, hacedle nacer ideas: Aplaudidle quando piense bien; guiadle quando se engañe. Respondedle claramente y en pocas palabras quando os pregunte, y dexadle siempre algo que desear, paraque tengais tambien algo que enseñarle. El racionio es todavia para él un alimento harto indigesto, y le hariais entrar en disgusto, si le sobrecargaseis: Es mejor volver dos veces sobre el mismo objeto. Ayudad su razon, haciendole desear el conocimiento de la

verdad; y sin conducirle por las penosas vias de la discucion, formaréis insensiblemente su juicio: Calidad esencial á todos los estados, en todas las circunstancias de la vida, y á la qual ninguna otra calidad del espiritu podria reemplazar.

Però, si es necesario formar el espiritu, es aun mas indispensable cultivar el corazon. El hombre de bien será siempre bueno: El hombre de espiritu no será sino mas malo, si es vicioso.

Para formar el corazon, debe empe-zarse por estudiar su caracter; aplicarse sucesivamente á exercitar las virtudes que le son propias, y á preservarle de los vicios que nacen. Mas no emprendais el mudarle, porque os saldria mal, y el que quisierais substituir haria perder las ventajas que debiese tener; porque nunca se forma bien una persona, que no es la nuestra. Quando se contradicen los gustos, se fatiga, se desvia el genio, se ponen barreras continuas y penosas á la creciente de los talentos y de las virtudes, y el que habia nacido para ser un hombre grande, no es mas que mediano

hallandose fuera de su quicio. Instruid al mismo tiempo al joven ensalzado de sus deberes, y no separéis jamas el conocimiento de la ley suprema, que debe servirle de antorcha en la carrera que va á emprender, del conocimiento del soberano Legislador que la ha dictado. Sepa tambien, que este primer Legislador lee en el fondo del corazon; que debe castigar el vicio y recompensar la virtud; pues que sin ello, no le presentariais motivos suficientes para evitar el mal, y hacer el bien; y la moral, no teniendo otra base solida, se derribaria con las pretendidas virtudes de una providad aparente, quando el hombre sería bastante razonable para pedirse á sí mismo ¿porque titulo la intima voz de la conciencia, que llamamos ley natural, habria recibido el derecho de mandarle, y de sugetar las inclinaciones del corazon, á la austeridad de sus maximas?

Es cierto que un niño no concebirá la naturaleza de este primer *Ser*, que lo vé todo por la inmensidad de su inteligencia, que lo arregla todo por su infinita sabiduria, que lo obra todo por la

virtud omnipotente de su voluntad. Ah! ¿qual sería la inteligencia capaz de comprenderla? ¿Pero este mismo niño comprenderá mejor la naturaleza de este *yo* que vive dentro de él, y á quien sin embargo conoce bastantemente, para hablar el mismo de aquel, y para obedecerle quando este le manda obrar, hablar, callar &c? ¿Porque pues no podria tener tambien suficientes nociones del *Ser* primero, para obedecerle, adorarle, darle gracias, aunque no pueda definirle? Alza mi caro hijo, alza tus ojos al cielo: Mira esos astros que brillan con tanta magnificencia; el sol y la luna que andan con tanta magestad al rededor de tí: Considera con que orden los dias suceden á las noches. ¿Hay por ventura algun Rey bastante poderoso sobre la tierra, para encender esas antorchas en el firmamento, trazarlas su camino en los ayres, y hacerse constantemente obedecer de ellas? No sin duda. Luego pues hay sobre todos los Monarcas del universo un Señor invisible, que lo manda todo. Mira à tu lado esos arboles, esas plantas, esas flores, su compostura, sus

matizes, su variedad. ¿Sería una ciega casualidad que las habria delineado, y enriquecido con tan vivos colores? La tierra que las distribuye los xugos convenientes á su nutricion, que renueva con tanta constancia sus producciones siguiendo los tiempos, y que parece renovarse ella misma, ¿sería dotada de una inteligencia capaz para ordenarlo todo con tanto discernimiento, y obrar en todo con tanta precision? Nada de ello. Es pues aquel Monarca universal que lo ha ordenado todo, y que lo gobierna todo. Pero ¿quien es este *Ser* primero que yo no veo? ¿Como puede él ver, sino tiene ojos? ¿Como puede obrar sino tiene manos? Mas dime tambien hijo mio, ¿quien es este yo, que piensa dentro de tí, que gobierna tu mano, sin conocer los resortes que mueve, que se hace obedecer sin que sepas verle ni conocerle? Existen pues *seres* invisibles, de los quales no sabrias contestar la existencia, pues que sientes sus operaciones, aunque no puedes concebir la naturaleza. De consiguiente este primer *Ser* es preciso que haya existido siempre, pues que siendo

sobre todos los *seres*, ninguno puede haber sido antes que él. Es preciso que sea infinitamente poderoso, pues que reyna con tanto imperio sobre todo el universo; infinitamente sabio, pues que gobierna con tanta sabiduria; infinitamente bueno, pues que nos colma de tantos bienes. Debes pues amarle de todo tu corazon, porque todo lo has recibido de él: Amar tambien á los demas hombres, porque el los ama: Honrarle por la observancia de sus divinos preceptos, por la practica de las virtudes que él quiere, por el aborrecimiento de los vicios que detesta. El ha de castigar el vicio, y recompensar la virtud en otra vida, supuesto que siendo infinitamente justo, no exercé su justicia en la presente. (1) Este lenguaje es el de la simple naturaleza, y no hay niño en edad de razon, que no sea capaz de entenderlo.

Las nociones generales de la divini-

(1) Vi debaxo del sol en el lugar del juicio la impiedad, y en el lugar de la justicia la iniquidad. Y dixé en mi corazon: Al justo, y al impio juzgará Dios, y entonces será el tiempo de toda cosa. *Eccles.* 3. v. 16. 17.

dad, insinuandose así en el alma con los primeros principios de la moral, se inculcarán, se desplegarán sucesivamente, se connaturalizarán, por decirlo así, con el corazón y el espíritu, y seguirán al hombre por todas partes, para advertirle de sus deberes (1). Llegará tal vez á descarrarse; ellas despertarán sus remordimientos para volverle á su senda. Ponéos pues á su lado, y conducidle como de la mano, para mostrarle la aplicación de las lecciones en la práctica. Pero, reprimiendo los vicios, sufrid las ligerezas, y no esperéis jamás formar un hombre perfecto: Lo perderiais todo por exígir demasiado (2): Convendrá sin embargo limpiar de continuo un campo en

(1) Hijo, desde tu niñez recibe la doctrina, y hasta las canas hallarás sabiduría. Acercate á ella como á aquel, que ara y siembra, y espera sus buenos frutos *Ecclo. 6. v. 18.*

(2) Quien de recio aprieta la ubra para sacar leche, exprime manteca, y quien con fuerza se suena, saca sangre. *Prov. 30. v. 33.*
= Ni echan vino nuevo en odres viejos. De otra manera se rompen los odres, y se vierte el vino, y se pierden los odres. Mas echan vi-

que la zizaña crece por todas partes. Observad sobre todo las inclinaciones que se dexan percibir desde la más tierna edad, en que el corazón, todavía nuevo, no ha aprendido el arte de disimular: Apresuráos á corregir las que son viciosas; advertid, reprehended, mandad, y no cedáis jamás á la obstinacion: No faltariais á ser sojuzgados si dexaseis conocer que se os puede vencer por la resistencia. *Sobre la hija que no se reserva, redoblad vuestra vigilancia (1). Corregid á vuestro hijo y no desesperéis. Mas no intentéis llegar hasta matarle (2).* Formad el hombre de bien, haciéndole amar la virtud, antes que haciéndole temer el castigo, puesto que es principalmente por la razón y los sentimientos, que debe dirigirse el hombre razonable: Los principios quedan, y el amor de la virtud concluye las lecciones de la educación. El solo temor del castigo hace, por lo contrario, tímido, pusilánime, disi-

no nuevo en nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro. *Math. 9. v. 17.*

(1) *Ecclo. 26. v. 13.* = (2) *Prov. 19. v. 18.*

mulado, y muy á menudo ó irrita, ó desmaya (1); y si el niño no tiene otro motivo, dexará tambien de tener freno, luego que haya salido de la dependencia. Acostumbradle sobre todo á ser veráz, obrando con él con franqueza, é inspiradle, si podeis, bastante confianza para haceros su confidente, á fin de poderle dar los consejos que le convengan. Perdonad una falta confesada, y corregid severamente la mentira (2): Castigadle por privaciones, y nunca mas allá de lo que exige la gravedad de su falta. Sea siempre la ternura paternal que corrija, de modo que hasta la severidad vaya con el tono de la razon. La colera escandaliza, la razon ilustra, y la amistad persuade.

Velad en particular sobre las primeras amistades: La mas bella educacion se encallaria infaliblemente en la socie-

(1) Padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos, porque no se hagan de animo apocado. Col. 3. v. 21.

(2) Los labios mentirosos son abominacion al Señor. Prov. 12. v. 22.

dad de los malos (1), señaladamente en una edad, en que el mal exemplo, secundado de la efervecencia de las pasiones nacientes se hace aun mas contagioso. Se contraen naturalmente las costumbres, como se aprende el idioma de las sociedades que se frecuentan. El vicio de que al principio se avergonzaba, pierde una parte de su diformidad, quando se tiene el habito de verlo: Se sonríe primero por el temor de disgustar, y muy á menudo se acaba por la vergüenza de ser virtuoso. Las madres, especialmente encargadas del cuydado de sus hijas, procuren apartar los peligros: Instruídas por su propia experiencia de los lazos que se tienden á su sexó, deben saber que las pasiones mas desenfundadas nacen frecüentemente del amor de las frivolidades, y del deseo de agradar, y de obtener preferencias. Pero partiendo con una hija querida los homenajes que se la ofrecen, no son siempre vigilantes contra las peligrosas impresiones

(1) Apartate del iniquo, y se retirarán de tí los males. Ecclo. 7. v. 2.

que ella puede recibir. Velad pues, y apresuráos á romper hasta las conexiones mas lisongeras, quando pueden hacerse funestas, y no aguardéis que el mal sea hecho para aplicar el remedio (1). La complacencia es un daño, quando la severidad se hace necesaria (2). Las pasiones, habiendose una vez apoderado del corazon, en una edad en que está herviendo de deseos, en la que las flores cubren las orillas de los precipicios, dominan luego como á tiranas, y las familias son seguidamente castigadas por la deshonor de los excesos que desprecia-
ron prevenir (3).

(1) El mancebo segun tomó su camino, aun quando se envejeciere, no se apartará de él. *Prov. 22. v. 6.*

(2) No escasees al muchacho la correccion: porque si le golpearas con vara, no morirá. Tu le sacudirás con vara y librarás su alma del infierno. *Prov. 23. v. 13. 14.*

(3) El que adoctrina á su hijo, loado será en él, y se gloriará en él en medio de los de su casa. Por las almas de sus hijos atará sus heridas, y sobre toda voz se turbarán sus entrañas. El caballo no domado sale duro, y el hijo dexado saldrá precipitado. Halaga á tu

Pero sobre todo haced que vuestras lecciones estén siempre de acuerdo con vosotros mismos. Habeis dicho á vuestro hijo, que la virtud es el principal merito del hombre: Respetad pues al hombre de bien en su presencia, y no le hagais jamás envidiar la condicion del malo, preconizando sus sucesos, su fortuna, su nacimiento &c. (2). Le habeis enseñado, que las calidades agradables no sabrán compensar las calidades estimables: No le hagais pues un crimen de una travezura que os habrá humillado, perdonando los vicios que degradan al hombre; y no os riais jamás de una maldad considerandola como una agudeza. Le habeis recomendado la modestia: No le habeis de sus títulos, de su nacimiento, de sus riquezas. Quanto mas sea brillante su destino, tanto mas será ne-

hijo, y te causará espanto.... No le des libertad en la juventud, y no desprecies sus pensamientos. Enseña á tu hijo, y trabaxa con él, porque no tropiezes en su afrenta. *Eccl. 30. v. 2. 7. 8. 9. 11. 13.*

(2) No envidie tu corazon á los pecadores. *Prov. 23, v. 17.*

cesaria la afabilidad, y convendrá inculcarle la grande máxima de que el último de los hombres será sobre él, quando aquel sea mas virtuoso (1). Haced que nada encuentre en la casa del padre que él no lo pueda imitar: Que nada vea, nada oyga, que la virtud no lo pueda tolerar; y; desgraciados de vosotros, si expusieseis jamas vosotros mismos su inocencia! ¡desgraciados de vosotros, si para enseñarle el arte de agradar, sofocaseis en él la timidéz del pudor! ¡y mas desgraciados aun si le dieseis el primer exemplo del vicio! Ah! ¿como os atreveriais á repetirle las lecciones de la virtud? ¿Como podriais reprobarle despues los desordenes de que os hubieseis hecho primeramente culpables (2)?

(1) No quieras despreciar al hombre justo pobre, ni quieras engrandecer al hombre pecador rico. El grande y el juez, y el poderoso está en honor: pero nadie lo está en mayor, que aquel que teme á Dios. *Ecclo. 10. v. 26. 27.*

(2) El que escandalizare á uno de estos pequeñitos que en mí creen, mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de moli-

no Las predilecciones, introducen siempre rivalidad y discordia en las familias; y por lo mismo deben ser desterradas de la casa paterna; de modo que aun quando sean merecidas, no deben jamas dexarse conocer, á fin que todos vuestros hijos, viviendo entre ellos en una perfecta igualdad, y creyendo tener igual parte en vuestro cariño, se esfuerzen á merecerlo, por una laudable emulacion. Ah! ¿qué es lo que haceis, padres ciegos, quando seducidos por gracias nacientes, ó por talentos precoces que lisonjean vuestro amor propio, todo lo concedeis, y todo lo perdonais á un hijo predilecto, reservando toda vuestra severidad para aquellos, cuyas calidades, menos brillantes, son tal vez mas estimables? Ay! vuestro amor os engaña: Quisierais hacer un hijo feliz, pero no conseguiréis mas, que el hacerlo vano, caprichoso, indolente, presuntuo-

no de asno y le anegasen en el profundo de la mar. ¡Ay del mundo por los escandalos! Porque necesario es que vengan escandalos: mas ay de aquel hombre por quien viene el escandalo. *Math. 18. v. 6. 7.*

so, terco, y por lo mismo infaliblemente desgraciado; mientras que los otros, sujetos desde su niñez á la austeridad del deber, probados por las contradicciones, y nada aguardando de la complacencia paternal, aprenderán al contrario desde su primera edad á soportar las aflicciones de la vida, y á hacerse recomendables por un mérito sólido.

¿Os impiden las obligaciones de vuestro estado entregaros vosotros mismos á los continuos cuidados de una frecuente educacion? Confíad vuestros hijos á las casas de instruccion en que las costumbres son principalmente invigiladas; porque se trata aun mas de formar el corazon, que de cultivar el espíritu. ¿Preferis la instruccion particular? buscad un Preceptor, que á una virtud sólida junte una alma recta, un juicio sano, un tono simple, pero honesto; y si le reconoceis suficiente para un empleo de tanta importancia, concedle la confianza que se merece, y dadle bastante consideracion, para que llene dignamente sus funciones. ¡Es bien sensible, que por un trastorno de

principios, mientras que todo se prodiga al refinamiento de los placeres, y á los caprichos del luxo, una sórdida avaricia economize sobre el precio de la educacion, poniendola á lo mas baxo! Los truánes se llevan el honor, y los sabios maestros se ven reducidos á la clase de los mercenarios. Pero ¿qué resulta de ahí? Los hombres de bien, y por lo mismo mas sensibles, disgustados por el envilecimiento, abandonan su empleo. Obligados entonces á buscar entre la multitud, á quien confiar los cuidados de la educacion, la felicidad, la fortuna, las esperanzas de una familia entera, merecis no hallar sino almas mercenarias, que poniendo menos importancia en sus funciones, se ocupan mas de agradar, que de ser útiles, y no llegan á formar sino jóvenes despreciables, ó á lo mas medianos.

Concluida la educacion, es preciso dar estado. Dios lo ha señalado á cada qual segun los talentos y las inclinaciones que le ha dado, y segun la clase y la situacion en que le ha puesto. Conformáos pues con las sabias miras de la

Providencia: Aconsejad, pero no decidais. ¿Debe providenciarse acerca el establecimiento? Conducíos con la misma discrecion. Pudiendo la juventud inconsiderada ser sorprehendida por las apariencias de una honestidad aparente, ó arrastrada por el entusiasmo de una pasion ciega, las leyes han dado sabiamente á los padres el derecho de oponerse á las alianzas que ellos prevén peligrosas. Mas, quando las aficiones son apoyadas por la virtud (1), quando son correspondientes á las condiciones y á las circunstancias, no les es lícito contradecir á las inclinaciones razonables, y muy menos hacerlas violencia por consideraciones personales, para obligar un hijo á enlaces que casi nunca dexan de producir antipatías, y de hacer desgraciados ambos consortes.

Es muy justo que disponiendo el establecimiento de un hijo, le aseguréis una porcion de vuestros bienes, suficiente para las cargas del nuevo estado; pero guardáos, de que para enriquecer-

(1) Casa tu hija, y daia á un hombre sensato. Ecclo. 7. v. 27.

le, priveis á los otros de la porcion que les corresponde, y nunca os priveis vosotros mismos de la que os es necesaria. Una sábia prevision se reserva siempre los medios de la economía para conservar por liberalidades dispensadas á proposito, los sentimientos que se entibian siempre, y harto á menudo se borran, quando nuevas obligaciones, que dividen luego el corazon, llegan despues á hacer olvidar los deberes mas sagrados (1).

Naciendo el hombre en una absoluta desnudez, la Providencia ha suplido su necesidad, asignándole un patrimonio en la fortuna de aquellos que le han dado la luz. Deben pues aplicarse á conservarlo, y á aumentarlo tambien quando no es suficiente para las necesidades de su condicion: Todas las leyes reclaman contra el detestable egoísmo de un

(1) No des á otro tu herencia: no sea que te arrepientas, y les ruegues á ellos. Porque mejor es que tus hijos te rueguen, que no estar tu mirando á las manos de tus hijos. En todas tus obras conserva tu preeminencia. Ecclo. 33. v. 20. 22. 23.

padre bárbaro, que para multiplicar sus deleytes, consume todos los frutos de una existencia precaria, ó arruina su sucesion por disposiciones odiosas; y que descansando en el seno de la indolencia, mira tranquilamente abrirse delante sus ojos el abismo espantoso de la miseria en que va á sumergirse su familia despues de su muerte. Pero todas las leyes condenan á la exêcracion pública, esos padres avidos, que para aumentar la fortuna de sus hijos, quieren devorarlo todo á su alrededor, y toman un corazon de hierro para el resto de los hombres. Ah! ¿esos mismos hijos, que ellos quieren elevar tan alto, serán acaso menos infelices? Ay! esos hijos, instruidos por los exemplos domesticos, ricos en esperanzas, medíocres en virtudes, y presurosos de poseer, desearán que llegue por fin el momento que ha de ponerles en el goze de una opulencia largo tiempo apetecida. Llevados entónces repentinamente como á lo alto de una atmósfera la mas brillante, la cabeza les devanéa; y mediendo su importancia sobre las prodigalidades de su

fausto, el orgullo y la vanidad se apoderarán de su espíritu.

Contentos de la consideracion de las riquezas harán poco caso de la consideracion del mérito, y quizás consumirán su fortuna en menos tiempo que no la habian adquirido sus padres (1). ¡Dichosa la medianía que conservando la inocencia y el honor en el seno de las familias, les asegura una tranquila y modesta abundancia (2)!

El amor filial, así como el paternal, es un deber ordenado por la naturaleza. El uno dá la autoridad para gobernar, el otro inspira la docilidad que hace

(1) Hijos se hacen de abominacion los hijos de los pecadores... Su herencia perecerá y el oprobio será continuo en el linage de ellos. Del padre impio querrellanse los hijos, porque por el viven en ignominia. *Ecclo.* 41. v. 8. 9. 10.

(2) Mendiguez, ni riquezas no me des á mi; dame solo lo necesario para mi sustento: No sea que hallandome harto me tiente á negarte. *Prov.* 30. v. 8. 9. = Mejor es un bocado de pan seco con gozo y que una casa llena de victimas con pendencias 17. v. 1.

obedecer; y á la manera que el amor paternal se ha explicado por las tiernas solicitudes, á fin de proveher á las necesidades de los hijos, el amor filial debe manifestarse tambien por el respeto, la obediencia, y los asiduos cuidados que consuelan á los padres, en las enfermedades de su edad (1). Estas em- piezan ordinariamente á hacerse sentir, quando han cesado las necesidades de los hijos: Ellas llevan tras sí los defectos incómodos, que haciendo desaparecer las calidades agradables, apartan tambien las sociedades frívolas. ¿Quedarà pues solo y abandonado el viejo enfermo? Ah! es entónces principalmente que sus necesidades reclaman del cora- zon de los hijos aquella ternura llena de cuidados que él les habia prodigado en su tierna edad. Acérquense pues los hijos quando todo el mundo se aleja;

(1) Hijos, obedeced á vuestros padres en todo. *Col. 3. v. 20.* — Honra á tu padre y á tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra. *Exod. 20. v. 12.*

acuérdense que sus padres no se enfada- ron ni por la ligereza de la edad, ni por la seguida de sus necesidades. Díganse á sí mismos, que esta madre enferma les ha llevado en su seno, que ha velado con una frecuencia infatigable sobre la conservacion de sus dias; que este padre corvado baxo el peso de los años, ha partido con ellos el fruto de sus trabaja- jos; que los unos y los otros se consultaron con complacencia para concurrir á su felicidad, no limitándose á lo que exígian sus necesidades; que tomaron sobre sí todos los embarazos de sus bienes para conservarles á ellos todas las ventajas; que en un tiempo en que sus cuidados eran los mas gravosos, la ternura paternal los trocó en un delicioso placer; y aplíquense á endulzar las enfermedades de su edad, por las satisfac- ciones del reconocimiento (1). Toléren

(1) Oye a tu padre, que te engendró, y no desprecies á tu madre, quando envejeciere *Prov. 23. v. 22.* — Honra á tu padre, y de los gemidos de tu madre no te olvides. Acuérdate, que no hubieras nacido sino por

sus flaquezas, como los padres soportaron sus faltas; y olviden aun, si es posible, todos los objetos de dolor, para no exponerse á debilitar los sentimientos

ellos; y correspondales del modo que ellos hicieron tambien por tí. *Ecclo. 7. v. 29. 30.*
 = Y si alguna viuda tuviere hijos, ó nietos, aprenda primero á gobernar su casa, y á corresponder á sus padres; porque esto es acepto delante de Dios. *1. Tim. 5. v. 4.*
 = El que teme al Señor, honra á los padres, y servirá como á señores á aquellos, que le engendraron. En obra y en palabra y en toda paciencia honra á tu padre, para que venga sobre tí la bendicion de él, y su bendicion permanezca hasta lo último. La bendicion del padre afirma las casas de los hijos, y la maldicion de la madre les desarraiga los cimientos. No te glories en la contumelia de tu padre; porque no es gloria tuya su confusion... Ampara la vejez de tu padre, y no le contristes en su vida: Y si le faltare el sentido, perdónalo, y no le desprecies en tu valor; porque la limosna del padre no quedará en olvido. Pues por el pecado de la madre te se pagará con bien. Quan infame es el que desampara á su padre! y es maldito de Dios el que exáspira á su madre. *Ecclo. 3. v. 8. al 18.*

preciosos del amor filial. ¡Qué hermoso espectáculo ver los dulces cuidados de una familia reunida así, por el respeto y el amor, al rededor de un padre y de una madre decrepitos, ocupada á aliviar sus enfermedades, á socorrer sus necesidades, á prevenir todos sus deseos, que suaviza por tiernos cuidados los disgustos, las mortificaciones, las inquietudes inseparables de su edad, y se esfuerza á sostener, por las dulces efusiones del corazón, el último soplo de una vida que va á espirar! Pero este tierno espectáculo no se verá jamas sino en las familias que habrán sido las escuelas de la virtud (1). Los padres bendecirán á sus hijos, y los hijos transmitirán á su posteridad las bendiciones que habrán recibido de sus padres (2).

(1) Enseña á tu hijo, y te recreará, y causará delicias á tu alma. *Prov. 29. v. 17.*
 = Salta de gozo el padre del justo: el que engendró al hijo sabio, se alegrará en él. Gozese tu padre, y tu madre, y regocijese la que te engendró. *23. v. 24. 25.* = El hijo sabio alegra al padre, mas el hijo necio tristeza es de su madre. *10. v. 1.*

(2) Bendita será la generacion de los